

Como soy muy maniático para encontrar el sitio adecuado

para detenerme y quizás leer un rato en mis devaneos por la

ciudad he acabado el parque de Cabecera y he seguido por el

margen civilizado del parque fluvial del Turia hasta donde

llega el olor a leña del parque de La Canaleta y los gritos de

los partidos de domingo del polideportivo, entonces he se-

guido mi camino hacia el interior del cauce por una de las

muchas sendas dibujadas por el pasar de otros hasta que he

llegado a un claro abierto en mitad de esa sabana de cañas

que se extiende inmensa a espaldas de la ciudad, y en ese cla-

ro me he descubierto vulnerable como un antlope o un ñu o

una gacela, y no me habría sorprendido ver asomar el lomo

de algo letal en la espesura de la herba, así que he deshecho

el camino y a cada paso levantaba a varios saltamontes has-

ta que me he dado cuenta de que me había equivocado y que

ese camino no era el anterior y la sensación de acecho ha

crecido ominosa pese a estar a escasos metros de los ciclistas

rodando al otro lado de las cañas, y por fin he encontrado

una de las sendas que me ha escupido en una calzada y he

vuelto de golpe a sentirme humano y no ñu y me he sentado

en un banco a escribir esto protegido por un muro y al otro

lado del muro y la sabana sigue.

◆◆◆

Lo escuché en lo que fue el bar Torino: lo contaba una

anciana albina con el cabello recogido en una coleta rala,

que lo que ahora es un parque sobre el cauce seco de un río

ingenuamente reconducido descansa sobre parte del lomo

de una serpiente -ella decía serpiente con inseguridad pero

entendimos que quería decir serpentiforme- monstruosa

que se enrosca sobre la Tierra y le da muchas vueltas, que

todos los ríos del mundo son parcelas del ser en alguna

de las circunvoluciones con las que se aferra al planeta

como un Jörmundgandr galáctico en letargo, un parásito

de movimientos lentos que licúa la piedra por nosotros

con la fricción muscular de su cuerpo y que cuando siente

un escalofrío propicia terribles terremotos, erupciones de

volcanes o riadas para el recuerdo.

◆◆◆

Estas historias tienen pelaje de hiperstición y han

comido de la iniciativa Espanta la por! Per Tots Sants,

monstres valencians.

◆◆◆

Lo que apenas se sabe es que existe una línea Maginot

mediterránea y antiquísima enterrada desde el Cap de la

Nau hasta la desembocadura del Ebro, olvidada bajo el agua

de las playas y calas de Alicante, bajo la arena de la Malvar-

rosa, las Arenas, la Patacona, Sagunto o Canet, una defensa

de Prehistórica e inhumana muchos metros bajo las murallas

de Feniscola de proporciones extraordinarias y utilidad ig-

nota sepultada por el peso milenario de las épocas. Si po-

demostramos por un momento adquirir la capacidad de ver con

los ojos ecográficos -en este contexto podemos permitirnoslo-,

descenderemos a través de los cuerpos poco consistentes de

los baristas, más allá de la textura de las toallas y del grano

de la tierra y a lo lejos irá definiéndose la imagen vibrante de

este prodigio vestigial que nos habla de una historia desva-

necida y en desuso o acaso camuflada y a la espera del gran

◆◆◆

Puedes descargar este fanzine en

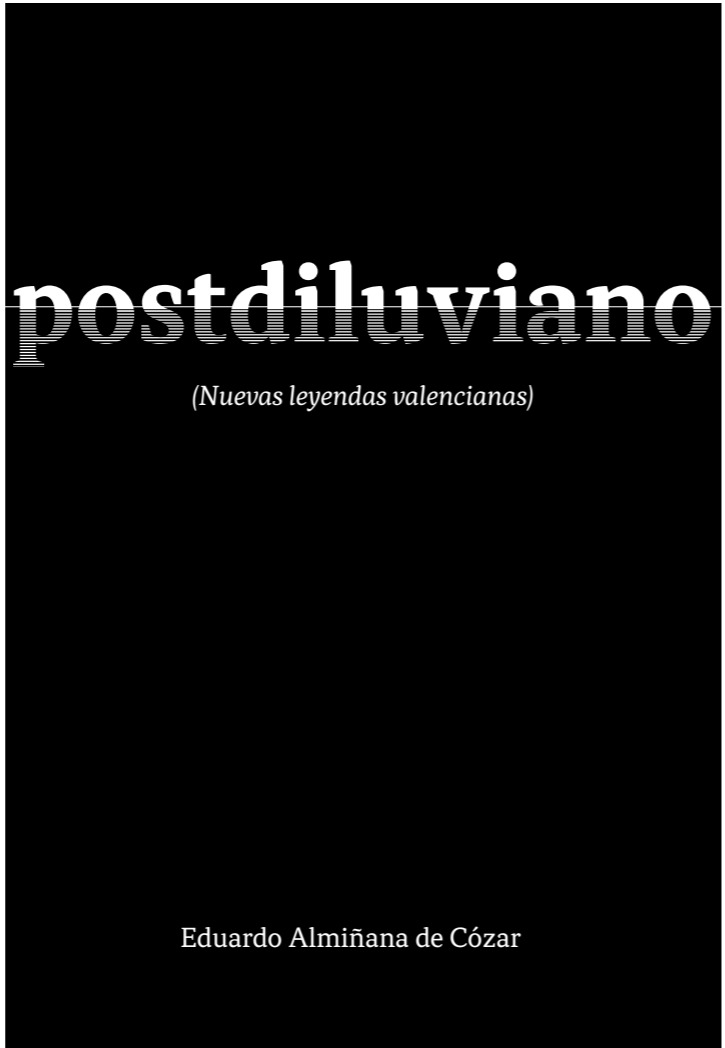
www.edureptil.com

Imprime: Imprenta Fambuena

Tipografía: Atiza, de Pablo Bosch / @pablo_bosch

Diseño: Cristian Fish / @cristianfish

Textos: Eduardo Almiñana de Cózar



El Tío Carranc tiene la piel endurecida como un crustáceo,

los ojos separados y una grave deformidad en la columna

y en las extremidades que le obliga a moverse con brazos y

piernas extendidos, para lo cual ha desarrollado con los años

una sorprendente agilidad. Se dice que por espanto lo lanza-

ron al agua desde el límite del espigón al año de nacer y que

las enormes piedras, que se alimentó de algas y de pequeños

cangrejos y que aprendió allí a sobrevivir como una alimahaña

marina saliendo de su refugio solo al atardecer. Los chavales

gitanos y payos que saltan y hacen pitueras en la bocana del

puerto juran por que se mueran que más de una vez lo han

visto, pero que le dan miedo los chapuzones y ver tanto hu-

mano junto, que a veces lo ven escurrirse como una sombra

húmeda entre los bloques que cortan el mar pero sus huellas

se secan rápido si no es que las borra el chapoteo del agua

que rompe.

Al Tío Carranc no le gusta mucho el puerto moderno ni

el estruendo festivo de la Marina Real. Nadie sabe a ciencia

cierta dónde descansa, si sigue agazapado entre las rocas o

si se encarama a un barco amarrado y se gnaece bajo una

lona. Todo esto lo sé porque me lo han contado, porque el Tío

Carranc tenía familia cuando lo abandonaron y esa familia

sigue viva y periódicamente vuelven al espigón para pedirle

perdón y le llevan pesca del día, agua limpia para beber y un

cubo de pan mojado en leche que al día siguiente encuentran

◆◆◆

VI

No se suele contar, pero cuando en el rodaje de *Calç blanca*,

negro carbón del difunto cineasta genial Toni Canet se hace

mención al Cachano, el demonio en los hornos ardientes del

monte donde se fabrica la cal quemando piedra caliza, varios

hombres se persignan, porque por las tierras de Llutxent y

por muchas otras se aparecen los diablos entre las llamas de

la calera al caer la noche, y si uno tiene la desgracia de pa-

sar lo suficiente cerca del horno pues hasta ahí llegó, porque

sacan el brazo, te cogen del tobillo y te arrastran al interior

de la olla haciéndote pasar por una entradilla -la boca- por la

que no cabes, y en el interior se divierten viendo cómo roto

y maltrecho te conviertes en ascuas antes de marcharse de

nuevo a sus dominios magmáticos e hiperdimensionales.

◆◆◆

Las más viejas de las más viejas de la comarca aseguran

que cuando a Valencia llega el aroma leñoso de la quema de

los rastrojos, la nación minúscula de brujos y magas que so-

breve desde tiempos preiberos camuflada entre los paísas-

llama al trabajo para decir que faltará por enfermedad; en-

tonces se dirige con disimulo de depredador zortuno hacia

ciertos pagos que solo ellos y ellas conocen, que están muy

cerca de sus pueblos aunque no a simple vista, y en esas

aprovechan y hacen arder también los restos de sus moder-

nos aquelares para que el olor a matortral quemado disimule

su rastro que a pesar de todo no desaparece por completo, por

eso cuando llega el aroma de la combustión de la huerta y el

campo se nos despierza tanto la nostalgia como el apetito.

◆◆◆

VII

La gente ha olvidado a el Caro pero el Caro no ha olvidado a la gente, por eso los días de lluvia vuela entre los edificios imperceptible y su cuerpo sigue siendo el de un gran búho con un rostro humano de imitación, un rostro humano que no ha superado el *uncanny valley*, el valle inquietante, esa idea que expresa el rechazo que nos generan las réplicas antropomórficas cuando tratan de copiar nuestra apariencia pero al final siempre hay algo que no nos cuadra y las imaginamos en el espejo mirándonos, nuestra cara devuelta por el reflejo pero un tanto por ciento menos real, un ser defectuoso que aspira a ser imperfecto como nosotros pero se queda a las puertas y nos produce asco, tanto asco que no queríamos quedarnos en silencio con él a solas en una habitación aunque fuese de día, mediodía, solos y en silencio acabaríamos corriendo o incluso saltando por el balcón o destruyendo ese rostro con un objeto contundente.

El Caro vuela erróneo entre los edificios próximos a los márgenes de la ciudad, es un fallo en la simulación que ha escapado de la dimensión folclore, aletea en la oscuridad y se abate sobre los niños de los poblados y cuando levanta a uno dice ya tengo uno con una voz que es como el chirrido de un tenedor en un plato, levanta al segundo y dice ya tengo dos, levanta al tercero y dice ya tengo tres, atrapa al cuarto y lo sujeta con sus garras y dice ya tengo cuatro, engancha al quinto y dice ya tengo cinco, clava sus uñas con esfuerzo en la cabeza del sexto y dice ya tengo seis, pero entonces el volumen es excesivo y todos se le escapan entre los dedos y una vez más no logra llegar a siete, siete es el deber cumplido de Sísifo, y el Caro grazna cibernético viendo a sus presas caer y estrellarse y derramarse sobre el asfalto o sobre los techos de los coches o en mitad de la huerta mientras regresa a sus montañas o a la silueta fantasmal de las mismas que podría ser un espejismo.

◆◆◆

VIII

Le dicen el Tort porque de cintura para arriba su cuerpo apunta a una dirección distinta a la de cintura para abajo, su maldición es correr todas las noches el Jardín del Turia de principio a fin y de fin a principio, parece no ver a nadie, a él solo se le puede ver en los tramos entre el puente del Real y del Ángel Custodio y solo si uno alumbra el camino con la llama de un dorsal y solo si la carrera le interesa, si es así correrá en nuestra dirección de espaldas, hacia atrás, es decir, mirándonos de frente. En ese instante hay que arrojar el dorsal ardiente porque si todavía lo sostenemos y nos alcanza dicen que sentiremos cómo nuestro cuerpo se retuerce y cruje con todos los matices de dolor pero sin llegar a desfallecer ni a perder el conocimiento y tomaremos el relevo en esta carrera agónica y fantasmal que nunca termina.

◆◆◆

IX

Los auténticos solo aparecen tras las lunas nuevas de octubre y noviembre y siempre acompañados de un mal fario en el viento que hiela la sangre a los animales y la linfa a los insectos: se diría que el saber popular los ha olvidado y sus efectos pasan por desapariciones que nunca se resuelven; existen precedentes en la literatura por culpa de intuiciones a medias que atribuyeron el duelo al ulular de las hojas de los árboles o al siseo prismático de los ríos -el propio Sánchez Dragó pasa sobre este misterio sin darse cuenta antes de perderse en tormentas bíblicas y tsunamis atlánticos en su *Gágoris* y *Habidis*-, aunque en la cultura popular lo que más se acercó a la verdad fueron los capítulos El mundo gira, Firewalker e incluso Field Trip de Expediente X, pero sobre todo Detour y su referencia a una colonia española perdida en la inmensidad selvática americana que entronca con la mitología ibérica ancestral que maneja Dragó en una de esas conexiones que solo alcanzan a revelarse desde una perspectiva azarosa, fortuita.

Se ha deducido que su llamada aromática es irresistible y el apetito que desencadenan inevitable y trazando un mapa de perdidos, si se atiende a los detalles, en Valencia cabe esperarlos en la comarca del Alto Palancia, y es significativa allí la desaparición de uno de los diáconos responsables del Santuario de la Cueva Santa, que como creen los alturanos entró y nunca salió y sigue en sus entrañas pétreas como los pastores que originaron la leyenda o el milagro, porque se sabe que de la cueva sacralizada por la Santa Sede faltan profundas galerías por explorar que por falta de interés o a causa de una prudencia y reverencia supersticiosa permanecen cegadas por una barrera de escombros, selladas para los seres humanos pero no para otras formas de vida que aparecen con las lunas nuevas del otoño y que son el origen de la nomenclatura hoy mal empleada para referirse a los niscalos como es ese nombre valenciano de esclatasangs -explotasangres-.

◆◆◆